

APOCALIPSIS

Capítulo 21:5 - 16

Continuamos hoy, amigo oyente, nuestro estudio en este libro de Apocalipsis. Estamos acercándonos ya al final y estamos en el capítulo 21, y para tener una idea mejor de lo que está sucediendo, vamos a leer los versículos 5 al 7 de este capítulo 21, que dicen:

⁵Y el que estaba sentado en el trono dijo: He aquí, yo hago nuevas todas las cosas. Y me dijo: Escribe; porque estas palabras son fieles y verdaderas. ⁶Y me dijo: Hecho está. Yo soy el Alfa y la Omega, el principio y el fin. Al que tuviere sed, yo le daré gratuitamente de la fuente del agua de la vida. ⁷El que venciere heredará todas las cosas, y yo seré su Dios, y él será mi hijo. (Ap. 21:5-7)

Esta es una sección muy importante, y como vimos en la primera parte en nuestro programa anterior, cuando consideramos la gloriosa perspectiva de todas las cosas hechas nuevas, y que podemos comenzar todo de nuevo, y que nunca habrá un final nuestro crecimiento. Usted recordará que se dijo que Su reino no tendría fin. Hay un crecimiento y desarrollo constante. Piense usted en esta perspectiva para el futuro, amigo oyente. Bueno, algún día vamos a saber algo que no sabemos hoy, pero lo sabremos entonces.

Él dice aquí: *Yo soy el Alfa y la Omega, el principio y el fin.* Y esto identifica al que está hablando como el Señor Jesucristo. Él fue identificado así en el primer capítulo de este libro.

Ahora, los creyentes, aun en sus cuerpos nuevos, tendrán una sed de Dios y de las cosas de Dios, y ellos quedarán satisfechos aquí. Se nos dice en el versículo 6: *Al que tuviere sed, yo le daré gratuitamente de la fuente del agua de la vida.* Usted recuerda que Él dijo allá en el

evangelio según San Mateo, capítulo 5, versículo 6: *Bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia, porque ellos serán saciados.*

Los creyentes todos son vencedores por la fe. El menciona esto aquí; dice: *Él que venciere heredará todas las cosas.* Bueno, todos los creyentes son vencedores a causa de la fe. Ahora, en la Primera Epístola del Apóstol Juan, capítulo 5, versículo 4, leemos: *Porque todo lo que es nacido de Dios vence al mundo; y esta es la victoria que ha vencido al mundo, nuestra fe.* Luego, en el evangelio según San Juan, capítulo 1, versículo 12, leemos: *Mas a todos los que le recibieron, a los que creen en su nombre, les dio potestad de ser hechos hijos de Dios.* Y ellos heredarán todas las cosas, porque eso fue lo prometido a los hijos de Dios. El Apóstol Pablo en su epístola a los Romanos, capítulo 8, versículo 16 y también el versículo 17, nos dice: *El Espíritu mismo da testimonio a nuestro espíritu, de que somos hijos de Dios. Y si hijos, también herederos; herederos de Dios y coherederos con Cristo, si es que padecemos juntamente con él, para que juntamente con él seamos glorificados.*

Luego, tenemos aquí una expresión muy interesante; dice: *Y yo seré su Dios, y él será mi hijo.* La expresión *él será mi hijo* en el griego, es: *“moi ho huiós”*. Esta expresión es muy fuera de lo común. El Dr. Vincent señala el hecho de que este es el único lugar en los escritos de Juan donde se dice que el creyente es un hijo (*huiós*) en relación con Dios, y Dios es quien lo dice aquí. Los creyentes en la iglesia son parte del pueblo de Dios, pero son más que eso: son los hijos de Dios de una manera única y gloriosa.

Ya hemos visto antes esto, allá en la Primera Epístola del Apóstol Juan, capítulo 3, versículo 2, donde dice: *Amados, ahora somos hijos de Dios, y aún no se ha manifestado lo que hemos de ser; pero sabemos que cuando él se manifieste, seremos semejantes a él, porque le veremos tal como él es.* Volviendo ahora a Apocalipsis, capítulo 21, leemos en el versículo 8:

⁸ Pero los cobardes e incrédulos, los abominables y homicidas, los fornicarios y hechiceros, los idólatras y todos los mentirosos tendrán su parte en el lago que arde con fuego y azufre, que es la muerte segunda. (Ap. 21:8)

Hay varias cosas que resaltan en este versículo. En primer lugar, la creación de un nuevo cielo y una nueva tierra no afectó para nada el estado del lago de fuego ni de los perdidos. Ellos van a la eternidad así como están.

En segundo lugar, no hay ninguna posibilidad de que el pecado que ha hecho que el hombre llegue a ser cobarde, incrédulo, mentiroso y homicida, y todo lo demás, llegue alguna vez a romper las barreras y entrar al nuevo cielo y a la nueva tierra. El pecado y su potencial están apartados para siempre de la nueva creación; y finalmente, el lago de fuego es eterno. Es la segunda muerte, y no hay una tercera resurrección, es una separación eterna de Dios lo que tenemos aquí, y no hay nada que sea más terrible que eso. Llegamos ahora al versículo 9, y aquí tenemos una descripción de la Nueva Jerusalén. En el versículo 9 de este capítulo 21 de Apocalipsis, leemos:

⁹Vino entonces a mí uno de los siete ángeles que tenían las siete copas llenas de las siete plagas postreras, y habló conmigo, diciendo: Ven acá, yo te mostraré la desposada, la esposa del Cordero. (Ap. 21:9)

El aspecto de esta ciudad es la quinta esencia de la hermosura, de la belleza ya refinada, de un gozo sin control. Un lenguaje muy refinado describe su matrimonio, y el vocabulario descriptivo se agota al pintar este cuadro. La contemplación de Su gloria venidera es un tónico espiritual para aquellos que están cansados de la jornada peregrina aquí en la tierra.

La Nueva Jerusalén es, en realidad, una ciudad post-milenaria. Esto parece algo extraño viniendo de parte nuestra, pero ella no aparece sino hasta el fin del milenio, y el comienzo de la eternidad. Esta ciudad evidentemente estaba en la mente de Cristo cuando Él dijo: *Voy, pues, a preparar lugar para vosotros.* (Jn. 14:2). Pero el telón no se levanta en esta escena de la ciudad celestial, sino hasta cuando el drama terrenal ha llegado a su conclusión satisfactoria. La tristeza de la tierra no es apagada hasta cuando comienza la edad sin fin.

La Nueva Jerusalén será para la eternidad lo que la Jerusalén terrenal es para el milenio. La Jerusalén terrenal no dejará de ser, sino que tiene segundo lugar en la eternidad. La justicia reina

en Jerusalén, y morará en la nueva Jerusalén. La imperfección y la rebelión existen aún en la Jerusalén milenaria. La perfección y la ausencia del pecado identificarán a la ciudad celestial. De la misma manera en que la reina del rey es de mayor importancia que el lugar que gobierna, así también la Nueva Jerusalén trasciende la ciudad de la tierra. Ahora, esto no echará ninguna censura sobre la ciudad terrenal, ni le causará dolor interno. Ella puede decir en el espíritu de Juan el Bautista: *El que tiene la esposa, es el esposo.* (Jn. 3:29).

Ahora, debemos notar aquí que la Nueva Jerusalén es la morada eterna de la iglesia. La Nueva Jerusalén es el hogar de la iglesia, la ciudad de la iglesia. Esta es la ciudad hacia la cual la iglesia desea llegar, al establecer su tienda en esa dirección. Ahora, en este capítulo 21 de Apocalipsis, tenemos los planos del arquitecto: *Ven acá, yo te mostraré la desposada, la esposa del Cordero.*

Y lo que sigue ahora es una descripción de la ciudad. Ya hemos visto los aspectos psicológicos y espirituales de esto, y son maravillosos; y estas son cosas que valen la pena contemplar. Pasamos ahora aquí a considerar la relación de la ciudad con los ciudadanos, la ciudad propia con la iglesia. Por cierto que no queremos inferir que una ciudad vacía sin los ciudadanos es la esposa. Los ciudadanos son identificados con la ciudad en el siguiente capítulo. Se nos habla en cuanto a los ciudadanos. Aquellos de afuera son identificados aquí para nosotros en este capítulo 21, versículo 8, como aquellos que han perdido sus derechos civiles, aunque es necesario mantener una distinción entre la esposa y la ciudad. Pero el escritor tiene la intención de considerarlos juntos. Este pasaje es una descripción de los adornos que revelan algo del amor y del valor que el esposo ha conferido a la esposa. El versículo 10 entonces, de este capítulo 21 de Apocalipsis, dice:

¹⁰Y me llevó en el Espíritu a un monte grande y alto, y me mostró la gran ciudad santa de Jerusalén, que descendía del cielo, de Dios, (Ap. 21:10)

Por cierto que esta ciudad no tiene contraparte entre las ciudades de la tierra. Estas están edificadas en un fundamento terrenal, y suben de abajo para arriba. Esta ciudad en cambio, baja del cielo, se origina en el cielo. Dios es Su arquitecto, es decir, el Señor Jesucristo. Él es Quien

la ha construido. Ahora, aunque la ciudad baja, o desciende del cielo, no hay ninguna sugerencia que llegue a esta tierra. La ciudad terrenal nunca va al cielo. La ciudad celestial nunca va hasta la tierra. La distancia que recorre en su descenso es asunto de especulación nada más.

Esto ha llegado a puntos de vista extremos en interpretar la Nueva Jerusalén. En el principio mismo, el eteanismo, una de las primeras herejías, fue al extremo de aplicar todo este pasaje en cuanto a la nueva Jerusalén a la Jerusalén terrenal.

Los gnósticos, por su parte, otra herejía bien antigua, fueron al otro extremo de espiritualizar este pasaje para hacerlo que se refiriera al cielo. Muchas sectas modernas aplican esto de la Nueva Jerusalén a sí mismos, y seleccionan una localidad geográfica de su propia elección aquí en la tierra.

Los teólogos liberales a-milenarios han dejado la ciudad en el cielo, a pesar de la declaración bíblica de que desciende del cielo.

Ahora, hay dos cosas que son muy evidentes aquí. Desciende del cielo, pero no se dice que llegue a la tierra. Este pasaje de las Escrituras deja a esta ciudad como colgada en el aire. Esto no es incompatible en cuanto a una civilización en el espacio en un planeta nuevo. La Nueva Jerusalén llegará a ser otro satélite de la tierra, o lo que será más probable, y creemos que es cierto, la tierra llegará a ser un satélite de la Nueva Jerusalén, como también el resto de la creación. Este capítulo indica que la ciudad llegará a ser el centro de todas las cosas, y toda actividad y gloria girará alrededor de esta ciudad. Dios estará allí. Su centro principal y su universo es teocéntrico, es decir que está centrado alrededor de Dios. La Nueva Jerusalén es por tanto digna de recibir tal posición preeminente por la eternidad. Ahora, el versículo 11, dice:

***11* teniendo la gloria de Dios. Y su fulgor era semejante al de una piedra preciosísima, como piedra de jasper, diáfana como el cristal. (Ap. 21:11)**

El Apóstol Pablo instruye a los creyentes a regocijarse en la esperanza de la gloria de Dios. Eso lo vemos en su epístola a los Romanos, capítulo 5, versículo 2. Esta esperanza llegará a

realizarse en la ciudad santa. El hombre en pecado nunca ha sido testigo de la revelación de la gloria de Dios. La experiencia de Israel en el desierto les enseñó a ellos que cada vez que había una rebelión en el campamento, la gloria de Dios aparecía en juicio. Pero la manifestación de Dios en gloria, crea el terror en un corazón pecaminoso; pero qué gloriosa anticipación al poder contemplar Su gloria cuando estemos vestidos con la justicia de Cristo.

Hay dos cosas maravillosas que hacen de esta ciudad la manifestación de toda la gloria de Dios. La presencia de Dios hace de esta ciudad la fuente de la gloria para el universo. Toda bendición es irradiada de esta ciudad. Segundo, la presencia de los santos, no prohíbe la manifestación de la gloria de Dios. El pecado hizo que Dios quitara Su gloria de la presencia del hombre. En esa ciudad, todo esto ya ha quedado en el pasado. El hombre redimido, morando con Dios en la ciudad, *teniendo la gloria de Dios*, es el gran objetivo, lo cual es digno de Dios. Esta ciudad revela el alto propósito de Dios en la iglesia, cual es el de llevar *muchos hijos a la gloria*. (Heb. 2:10).

Ahora, la palabra que ha sido traducida aquí como *fulgor*, en griego es “*phoster*”, y es la palabra que indica la fuente de la luz. La ciudad es la que da la luz. No refleja la luz como la luna, tampoco genera luz por una combustión física, como el sol. Sino que la origina, es la fuente de la luz, y es la presencia de Cristo la que da explicación a todo esto, como Él ya ha declarado: *Yo soy la luz del mundo*. (Jn. 9:5). Dios es la luz, amigo oyente. Toda la ciudad es como una piedra preciosa. Y a ésta se la compara como piedra de jaspe. La piedra de jaspe moderna es una piedra de muchos colores de cuarzo. Y la piedra a la cual se refiere aquí no puede ser eso, porque esta piedra no es opaca. Jaspe es una transcripción de la palabra “I-epis”, que es de origen médico, y Moffatt sugiere que I-epis puede significar la piedra de ópalo moderno, diamante o topacio. Esta piedra es transparente y brillante, lo cual sugiere una de estas piedras parecidas al diamante. El diamante parecería estar más cerca de esta descripción que cualquier otra piedra conocida por el hombre. La similitud de la palabra hebrea para cristal, mencionada allá en Ezequiel, capítulo 1, versículo 22, a la palabra hebrea para ojo, ayuda a fortalecer este punto de vista.

La Nueva Jerusalén es un diamante engarzado en oro. Esta ciudad es el anillo de compromiso de la esposa. En realidad, es el anillo de matrimonio. Es el símbolo del compromiso y de la boda de la iglesia con Cristo.

Ahora se nos habla del muro y de las puertas aquí. Veamos lo que dicen los versículos 12 al 16 de este capítulo 21 de Apocalipsis:

¹²Tenía un muro grande y alto con doce puertas; y en las puertas, doce ángeles, y nombres inscritos, que son los de las doce tribus de los hijos de Israel; ¹³al oriente tres puertas; al norte tres puertas; al sur tres puertas; al occidente tres puertas. ¹⁴Y el muro de la ciudad tenía doce cimientos, y sobre ellos los doce nombres de los doce apóstoles del Cordero. ¹⁵El que hablaba conmigo tenía una caña de medir, de oro, para medir la ciudad, sus puertas y su muro. ¹⁶La ciudad se halla establecida en cuadro, y su longitud es igual a su anchura; y él midió la ciudad con la caña, doce mil estadios; la longitud, la altura y la anchura de ella son iguales. (Ap. 21:12-16)

Llegamos aquí a la descripción física y no vamos a tener oportunidad de entrar en muchos detalles hoy, pero debemos decir que los muros de la ciudad son para protección. Una ciudad amurallada es una ciudad segura. La Nueva Jerusalén es una ciudad segura, y los que moran allí moran en seguridad. La Jerusalén celestial gozará de los frutos de la seguridad y de la paz, formada por aquellos que encontraron la paz con Dios en la tierra, y ella experimentará la totalidad de la paz a través de la eternidad. Los muros son una señal que la ciudad ha logrado el significado completo de su nombre.

Los muros tenían una altura de 144 codos, o sea unos 65 metros. Heródoto estima que los muros de la antigua ciudad de Babilonia eran de 50 codos de ancho, y 200 de altura. Estos muros eran construidos para hacer la ciudad inexpugnable. La gran altura de los muros de la Nueva Jerusalén es en proporción al gran tamaño de la ciudad. La belleza, en lugar de la protección es el motivo y el diseño de ella. Dice que el material del muro era de jaspe. La más dura de las sustancias y la más hermosa de las piedras constituyen el exterior de la ciudad.

Ahora, hay doce puertas en la ciudad. Tres puertas de cada lado, y sobre cada una de las puertas se ha colocado el nombre de las tribus de Israel. Esto es algo llamativo y sugiere inmediatamente el orden que acostumbraban a tener los hijos de Israel alrededor del tabernáculo. La tribu de Leví era la tribu sacerdotal y servía en el mismo tabernáculo. La Nueva Jerusalén es un templo, en cierto sentido un tabernáculo, pero allí está Dios con el hombre. La iglesia constituye el sacerdote que le sirve a Él constantemente. Ellos le sirven como tal en la ciudad, y moran allí como lo hizo Leví en el tabernáculo. Todo en la eternidad mirará hacia esta ciudad, porque allí está Dios. Los hijos de Israel en la tierra disfrutarán de la misma relación con la ciudad que tenían con el tabernáculo en el desierto, y más adelante con el templo en la ciudad.

Esta ciudad será el tabernáculo para los hijos de Israel, ellos estarán entre la multitud que irá a esa ciudad a adorar en la eternidad. Ellos vendrán de la tierra para presentar su adoración en la gloria. Ellos no morarán en la ciudad, del mismo modo que no moraron en el tabernáculo antiguo. Aquellos que morarán allí serán los sacerdotes, quienes son la iglesia. La iglesia ocupa el lugar más cerca a Dios en la eternidad, y la esposa, como Juan en el aposento alto, puede reposar su cabeza sobre su seno. *¿Quién es ésta que sube del desierto, recostada sobre su amado?* (Cnt. 8:5). Esto es lo que pregunta el Cantar de los Cantares de Salomón. Es la esposa. Y ella ha venido del desierto, el cual es este mundo presente.

Pero las doce tribus de Israel irán a la ciudad celestial a adorar; tres tribus irán en cada lado de los cuatro de la ciudad, y luego ellos regresarán a la tierra, después de un período de adoración. Pero la iglesia morará en la Nueva Jerusalén. Vamos a detenernos aquí por hoy, amigo oyente, y vamos a continuar nuestro estudio en nuestro próximo programa.

Pero antes de despedirnos, quisiéramos sugerirle que usted continúe la lectura de este capítulo 21 de Apocalipsis y se empape de su contenido, para que esté más familiarizado y mejor preparado para nuestro próximo estudio.